

Violencia real, violencia simbólica: Los crímenes de Alto Hospicio

Pilar Errázuriz

Julio Pérez Silva tenía siete años la noche en que su padre le azotó la cabeza contra una pared por haber entrado en su habitación sin pedir permiso. El niño quedó inconsciente por el golpe. Su madre, paralizada de miedo, no pudo defenderlo... Descubrimos –dice la periodista– el registro inédito sobre la infancia violenta del homicida. Y más adelante,(...) los niños se reían de él porque no tenía uniforme y, en vez de zapatos, usaba sandalias de goma sobre los calcetines. (“Revisita del Sábado” de El Mercurio 21 de diciembre 2001)

Julio Pérez Silva tenía treinta y cuatro años cuando en 1997 se empareja con Nancy Boero (...) quien decide (¿?) vender el terreno (un sitio de su propiedad) para comprarle a Julio Pérez un auto. Y no solo eso –agrega la periodista– le pagó un curso de manejo, porque él no sabía conducir.

Julio Pérez Silva en 1998, gracias a la autonomía que le confiere su auto, taxi pirata, comete el primer asesinato de Graciela Saravia (17 años), prólogo para los asesinatos posteriores de las 6 niñas que hacen el caso de nuestro Dossier: Macarena Montecino (15 años), Viviana Garay (16), Laura Zola (14), Patricia Palma (17), Macarena Sánchez (14), Katherine Arce (16).

Con una cierta compasión, el artículo de la revista de *El Mercurio* intenta acercarnos a la biografía de Pérez Silva: en el colegio “repetió tantas veces, que salió de octavo con 17 años.(...) Lo único que lo salvaba del aislamiento total era su habilidad para la pelota...”

Las víctimas del asesino no gozaron de tan buen trato por parte de las Instituciones. *A mí no me importa como me traten, total yo estoy vieja y he pasado por muchas cosas en mi vida (...) pero pisotearon el nombre de mi hija (...)dijeron que nosotros éramos de lo más bajo, que nuestras niñas se habían ido por su propia voluntad, que se habían*

ido por el trato que nosotros le habíamos dado, por la pobreza(...) que mi hija se fue de la casa pa' putear... (Entrevista a Delia Zola, madre de Laura)

No se cuestionan su misoginia quienes reciben la demanda de ayuda frente a la desaparición de las niñas. Continúan a ciegas por el túnel que se abriera en el medioevo “Mujer-Sexualidad y Mal” como un todo indisociable, que no admite duda¹. Ni siquiera su misoginia posee la estética de Baudelaire o la complejidad de Schopenhauer: *Me trataron (los policías) de prostituta, de borracha... (Delia Zola). Los profesores sabían que los policías decían: “no... si son cabras sueltas, y se van porque viven mal y se prostituyen”.* (Entrevista a Orlando Garay padre de Viviana). *Con respecto a los Tribunales(...) dicen que las niñas andan en Papudo, andan todas juntas, dicen eso.* (Ibid.)

Asombroso resulta que, frente a un hecho que debería sorprender, intrigar e inducir a su esclarecimiento, se privilegia un imaginario en el cual (por una vez) se le adjudica al término femenino la iniciativa, la maestría de la premeditación y alevosía: las niñas –en grupo– se van a Papudo, a prostituirse... Se cierra el imaginario. Se archiva el caso. Por su desafío a la sociedad convencional, las niñas, por no admitir la pobreza, porque son “cabras sueltas”...se van, artífices de su destino (!) elemento activo (por una vez) en el más puro estilo de la asimilación Mujer-Sexualidad y Mal, del modo que más conveniente resulta para una sociedad que se lava las manos frente fenómenos que la desconciertan y la dejan ante el espejo más distorsionado de ciertas perversiones de la sociedad patriarcal.

Como la otra cara de una falsa moneda aparece esta hipótesis de las niñas prostituyéndose. Resulta que los hechos son anti-téticos: la sexualidad está presente, sí, pero no en el pensamiento de las niñas, sino que subyace en la desquiciada acción asesina de Julio Pérez Silva. La relación de lo masculino y lo femenino aparece, pero no desde la perspectiva de un espacio que a las niñas pertenezca para su conquista como meretrices. Su soltura se pierde en el espacio dominado por un masculino feroz, que sí tiene la alevosía, que pone en juego la astucia y, finalmente, la fuerza. Están en efecto, las niñas, todas juntas, pero no en Papudo... Como si hubiera sido un mensaje decodificado a la inversa para no encontrarse frente a lo siniestro, que es a la vez el mensajero que

irrumpe bruscamente con verdades ya sabidas, familiares, esperadas.

El principio de perpetuación de esta relación de dominación (dice Pierre Bourdieu en *La dominación Masculina*) *no reside fundamentalmente en el seno de la unidad doméstica(...) sino en unas instancias tales como la Escuela o el Estado -lugares de elaboración e imposición de principios de dominación que se practican en el interior del más privado de los universos--...* En efecto, no serán las familias que abandonen el caso, no son los padres que esquivan las fantasías más temidas con respecto a sus jóvenes a quienes conocen bien, no son ellos que adjudican a las hijas el poder sobre sus cuerpos y sus voluntades que tan alegremente se lo adjudican (por una vez...) las Instituciones.

Pasivas, segundonas, rezagadas para todos los efectos, las feminidades adquieren de pronto la fuerza del Mal, y en busca de extraños horizontes de sexo y dinero, huyendo de la pobreza, de la tierra yerma y de sus familias, se precipitan al mal vivir, en Papudo, en Santiago, en Perú. Las Instituciones intercambian un guiño y una sonrisa despectivas: "las niñas eran unas sueltas". Solo que no es al mal vivir a donde van a parar las niñas. Sino al mal morir, en un precipicio, buscado a propósito para ocultarlas. Para que un hombre, Julio Pérez Silva, dueño de un taxi pirata, las oculte después de violarlas y asesinarlas. *Es sorprendente*—dice Bourdieu (Ibid)— *que el orden establecido, con sus relaciones de dominación, sus derechos y sus atropellos, sus privilegios y sus injusticias, se perpetúe, en definitiva, con tanta facilidad.* En efecto, todo sentido común se vuelve cómplice de una interpretación perversa. Incluso se obnubilan las mejores voluntades. La sombra que proyectan los discursos que intentan reparar toda fisura de surgencia de lo siniestro, genera un espacio desértico, confinado, expulsado de las fronteras burguesas del buen hacer: la pobreza, el alcohol, la droga. Familias poco funcionales, Alto Hospicio, diagnóstico acabado, pronóstico cero. Se cierra el caso. Se baja la cortina del sesudo análisis, sin importar que detrás de esa cortina se conjugue toda suerte del drama de los cuerpos. Violencias reales traducidas elegantemente por la violencia simbólica en lenguajes de psicopatología, de sociopatología, de enjuiciamientos que se pretenden morales.

Mientras tanto, esos cuerpos, esperaban en la fosa. Y hubieran esperado eternamente, y Julio Pérez Silva estaría impune asesinando más y mejor, y las Instituciones, autosatisfechas, se hubieran ratificado en su creencia de la ligereza femenina, su inconsecuencia, su adhesión al sexo y al Mal. Las autoridades hubieran movido patriarcalmente sus cabezas desdeñando toda otra hipótesis desde la prejuiciosa sabiduría que nunca se pone en duda. Los bordes perversos de la masculinidad hubieran quedado a salvo. Todo hubiera quedado suspendido para la metaestabilidad del sistema si no hubiera sido por el acto fortuito de un cuerpo resistente que entrabó la maquinaria.

En efecto, Bárbara, la última niña violada, a pesar de ser golpeada en la cabeza con una piedra por su agresor y de haber sido precipitada a la fosa, no muere. A partir de aquí, el desenlace.

Julio Pérez Silva confiesa, las autoridades se afanan, las instituciones tiritan. Tarde, muy tarde para las otras niñas. Tarde para las familias, muy tarde para reparar el daño que la violencia simbólica ha ido haciendo en la población. Dos años. Ahora todos se afanan por proteger al asesino, en la cárcel los presos pueden hacerle daño. La masculinidad se vuelve en contra de sus desbordamientos perversos. Es tarde. Todas esas niñas y otras mujeres han sido muertas por el asesino. La calle era suya, y suyos eran los espacios, los desiertos y las fosas. A las mujeres solo les queda el repliegue, la cautela, el miedo. *Así pues —dice Bourdieu (Ibid)—, la dominación masculina tiene todas las condiciones para su pleno ejercicio. La preeminencia universalmente reconocida a los hombres se afirma en la objetividad de las estructuras sociales y de las actividades productivas y reproductivas, y se basa en una división sexual del trabajo de producción y de reproducción biológico y social que confiere al hombre la mejor parte, así como en los esquemas inmanentes de los hábitos. Dichos esquemas, contruidos por unas condiciones semejantes y por tanto objetivamente acordados, funcionan como matrices de las percepciones —de los pensamientos y de las acciones de todos los miembros de la sociedad.*

Por más que lo observan (al asesino), sus guardianes no hallan nada en sus gestos que delate sus crímenes(?), cuenta la revista de El Mercurio. Como si los guardianes quisieran encontrar el estigma en los gestos del homicida que les permitiera pensar que aquello es de otro orden. El sistema se niega a admitir que Julio Pérez

Silva vehiculiza un síntoma y no una excepción, y que su proceder descubierto y la retrospección y resimbolización de las reacciones institucionales, están hechos de la misma materia que el sistema y que se expresa en los desbordes violentos de la dominación masculina.

Nos preguntamos si la violencia simbólica es encubridora de la violencia real, o si la violencia real es un síntoma que denuncia –a modo de emergencia de lo siniestro– la violencia simbólica que subyace al quehacer de esta sociedad. En el caso de Alto Hospicio, para nuestro gran sobresalto, ambas violencias se entrelazan. Una reflexión ética desde un análisis de género se impone acerca de cómo el uso grosero y torpe de los prejuicios puede extender una distorsión encubridora que redunde en el refuerzo de la violencia.

Afortunadamente y por aquello de hacer algo de justicia, la palabra de los familiares no deja atrás la denuncia ni renuncia a la memoria.

Nota

- 1 Puleo, Alicia H. "Mujer, Sexualidad y Mal en la filosofía contemporánea", Revista *Nomadías* n° 5, Santiago, octubre 2001.